SA(621-16)

EL TIBET Y EL NUEVO IMPERIALISMO CHINO

LIBRO BLANCO

PREPARADO BAJO LOS AUSPICIOS DEL COMITÉ HINDÚ
DEL
CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Presentación por el Dalai Lama

Prólogo de Salvador de Madariaga

1961

LIBRO MEX • EDITORES

APARTADO POSTAL 12196 — MEXICO (1), D. F.

© 1961 Libro Mex Editores, S. de R.L.
Derechos reservados por el autor

IMPRESO EN MEXICO

Talleres de la imprenta de la
EDITORIAL B. COSTA-AMIC — CALLE MESONES, 14

INDICE

	PRÓLOGO	9
	INTRODUCCIÓN	17
I	PRELUDIO	39
II	EL LEVANTAMIENTO EN LASA	71
III	EL DALAI LAMA. LA HUIDA DE LASA	129
IV	LOS TIBETANOS PROSIGUEN EN LA LUCHA	179
V	EL MUNDO CONDENA LA AGRESIÓN CHINA	209
VI	LA RÉPLICA CHINA	255
VII	LAS SECUELAS DEL DRAMA	283
VIII	EPÍLOGO	323

INTRODUCCIÓN POR SU SANTIDAD EL DALAI LAMA

(Traducción castellana)

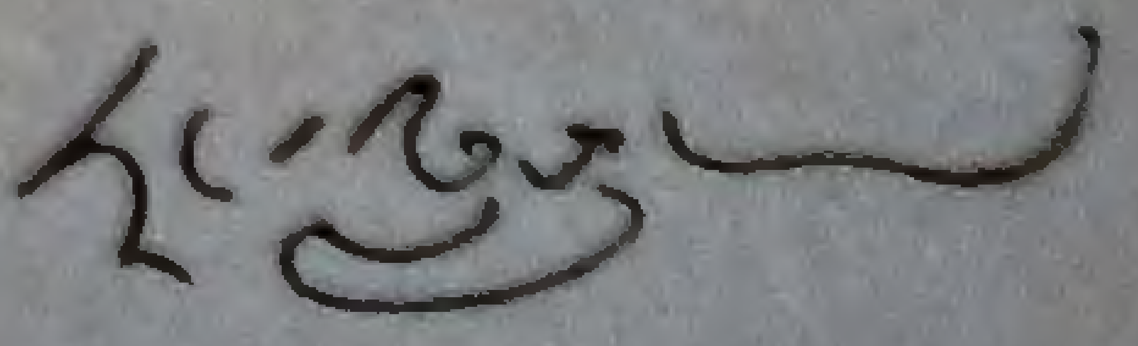
Birla Nivas
Mussoorie
15 de octubre de 1959

Saludo la publicación del Libro Blanco del Tibet y espero que ayudará a que los pueblos del mundo conozcan los sufrimientos y el trato inhumano infligido a mi pueblo.

El Tibet ha sido siempre un país independiente, con ejercicio de todos los derechos de un pueblo soberano. Los ejércitos chinos han violado los tratados y convenios y se nos han impuesto por la fuerza y están cometiendo una agresión contra mi país y contra mi pueblo. No me quedaba más alternativa que abandonar mi país para así estar en libertad de apelar a la conciencia de la humanidad. Mi oferta a los chinos de convenir en una comisión internacional que investigase los crímenes cometidos por los comunistas chinos y sus ejércitos fue hecha a un lado. Por lo tanto, a mi pueblo y a mí no nos quedó otro recurso aparte del de apelar a las Naciones Unidas y, por este conducto, a la conciencia del mundo.

Estoy agradecido a Shiri Raja Hutheesing y a Shri Patole que tan desinteresadamente han trabajado para hacer que este libro fuese un reflejo fiel y verdadero de los acontecimientos de mi país.

Nosotros, los budistas, creemos firmemente en la paz y buscamos vivir en paz. Los tibetanos, tanto legos como monjes, no tenemos mala voluntad ni odio para el pueblo chino. Estamos convencidos de que algún día comprenderán la grave injusticia que nos han hecho. Tenemos fe en que la verdad habrá de prevalecer finalmente y para este fin hago un llamado a todos los que creen en nuestra causa para que redoblen sus esfuerzos y ayuden a nuestro pueblo.



DALAI LAMA

PRÓLOGO

EL ATAQUE de la República Comunista de China a Tibet presenta un ejemplo típico de conducta comunista, ya que reune un catálogo completo de los rasgos a que nos ha acostumbrado el comunismo.

En primer lugar, la violación de compromisos expresamente contraídos. En 1950, China aseguró a India que no abrigaba la intención de incorporar a Tibet ni por la fuerza ni de ninguna otra manera, y que estaba dispuesta a negociar con Tibet sobre las relaciones futuras entre ambos países. Semanas después China invadió a Tibet. Este proceder se ajusta al estilo comunista. La misma indiferencia para con las promesas, las firmas, las declaraciones y los tratados se observará en la historia de la expansión de la Unión Soviética en Europa.

En segundo lugar, la invasión de Tibet constituye un monstruoso abuso de fuerza cometido por una nación enorme contra otra mucho más chica. En China viven más de seiscientos millones de chinos, mientras que los tibetanos no llegan a diez millones. Hay algo de repugnante en este espectáculo de una nación gigante como China maltratando y mutilando a otra diminuta por el mero crimen de hallarse situada en sus fronteras. Con casos de abusos de poder tan crueles y tan cínicos como este ha constituido la Unión Soviética su imperio europeo.

En tercer lugar, el ataque se hizo invocando toda suerte de textos incoherentes, ambiguos y hasta hipócritas. La incoherencia es inevitable en el comunismo, ya que se desprende de la filosofía política del partido. Todo, absolutamente todo —así lo prescribe la filosofía— ha de sacrificarse al éxito final del comunismo. Por lo tanto, el partido no se va a dejar inhibir de tomar tal o cual actitud o decisión por el mero hecho de que resulta incoherente con relación a otras actitudes o decisiones anteriores o simultáneas. La coherencia resultará de la convergencia de las vías incoherentes hacia el triunfo final del comunismo.

Dramática confirmación de esta doctrina (si vale el vocablo) fue la actitud de los comunistas franceses ante la segunda guerra mundial: empresa imperialista mientras Hitler fue aliado de Stalin, cruzada de libertad en cuanto Hitler decidió atacar a la Unión Soviética. Otra ilustración brillante de la misma incoherencia es la declaración de Krushchev afirmando que no hay nación que pueda imponer sus ideas a otra, pese a que con sus tanques y verdugos ha impuesto el comunismo a Hungría.

He aquí pues a la China comunista, muy ufana de su modernidad, en total olvido o desprecio de la sabiduría de sus grandes filósofos clásicos, de Confucio como de Lao-Tse, a no ser que pueda probarse que fueron pre-encarnaciones de Marx; he aquí pues a China aplastando a Tibet bajo el pretexto de que se trata de un pueblo primitivo, atrasado, anticuado, embebido en religión y desdeñoso de nuestra novísima economía. Muy bien. Pero ¿cómo justifica China su invasión? Alegando que Tibet es parte integrante de China por estar bajo su señoría feudal (suzerainty) y nacional (sovereignty); es decir, haciendo valer ideas medioevales y nacionalismos ya anticuados.

Por consiguiente, pese a sus pretensiones de representar la modernidad y el porvenir, y de ser heraldo de una era nueva cuya luz esplendorosa brilla en sus banderas, China invadió a Tibet en nombre del feudalismo, del nacionalismo y de la fuerza bruta. ¿Qué autoridad va a ganar con tal hazaña? Quédese la pregunta en el aire por ahora.

Así pues la operación se plantea sobre un haz mal atado de contradicciones flagrantes. Vocifera "porvenir" pero hace pasado; vocifera "libertad" pero hace esclavitud; vocifera "progreso" pero hace reacción. Pese a las apariencias en este desdichado episodio no es Tibet sino China la que representa la reacción. Claro es que ha salido a relucir el vocabulario usual de los comunistas: la "Camarilla reaccionaria". Dondequiera que los comunistas se topan con alguna resistencia, los que resisten son "la Camarilla reaccionaria" si son pocos y "bandidos" sin son muchos. Cuando los que resisten son todo un pueblo, los dirigentes son "la Camarilla" y el pueblo "los bandidos". En el caso de Tibet, desde luego, se ha aplicado la regla. El Dalai Lama y sus fieles colaboradores son ahora "la Camarilla"; y los que le siguen, o sea, todo el pueblo tibetano casi sin excepción, son "los bandidos". El Panchen Lama, dignatario eclesiástico-civil que por su nacimiento y formación espiritual y política pertenece al mismo ambiente que el Dalai Lama, no queda incluido en "la Camarilla" porque se halla en territorio chino y se presta (voluntariamente o no, ¿quién lo diría?) a cooperar en los designios de los invasores.

*

* *

Hasta hace muy poco, Tibet ha permanecido cerrado al mundo, tierra misteriosa. Su vida ha podido fluir en un canal, casi remanso, al margen de la corriente general de la historia, a causa de la altura casi inaccesible de su territorio. En aquellas alturas, el pueblo tibetano ha conseguido hacer arraigar una de las culturas

y civilizaciones más originales de la historia humana. Inspirada esencialmente en la religión budista, es esta civilización de tipo teocrático. El Dalai Lama, especie de Papa-Rey, desciende del primero de ellos en el pasado por reencarnación de su espíritu en el de un niño que por este mero hecho se venera como el sucesor. Entre los tibetanos la santidad cuenta más que el éxito, y por los caminos se ven más peregrinos que mercaderes.

No es este el estilo de vida de los comunistas. Tampoco es el de los liberales. Pero la diferencia entre nosotros y los comunistas estriba en que a nosotros no se nos habría ocurrido destrozar una civilización distinta de la nuestra por el mero hecho de serlo. ¿Por qué lo han hechos los comunistas?

La respuesta es por lo menos doble. Por lo pronto, hay que contar con el empuje continuo y general del comunismo hacia el dominio universal. Este empuje, a su vez, reconoce dos impulsos. La base misma del comunismo es universal. Este hecho es desde luego su único título a la consideración del mundo moderno. El mundo ha logrado ya un alto grado de solidaridad material entre hombre y naciones, lo que le da una indiscutible unidad objetiva. Toda nación que aspire a una envergadura universal habrá de considerarlo pues como tal unidad. La Unión Soviética ostenta este espíritu universal en su mismo nombre. Al designarse a sí misma como la Unión Soviética, da a entender que toda la humanidad puede, si quiere, formar una República Universal, una unión mundial de Soviets. Si hasta ahora ni una sola nación libre y civilizada ha aceptado la invitación, ello se debe no a la universalidad del fin sino a la barbarie de los medios.

Una y otra se observan en el ataque al Tibet. Este ataque surge al ímpetu del movimiento universalista de la revolución comunista; pero se mancilla por la brutalidad y la crueldad de los medios puestos en juego. Las potencias comunistas no parecen conocer otra forma de conversión que el sometimiento absoluto del neófito por la fuerza bruta.

* * *

Quizá sea posible explicar esta conducta examinando el segundo de los impulsos que animan al ímpetu comunista hacia la dominación universal. Se trata del miedo. Con lamentable frecuencia se suele presentar este miedo que el comunismo lleva dentro como arraigado en la sospecha de que los Estados Unidos vayan a iniciar una guerra. Los publicistas del mundo libre que tal opinan no hacen más que agraviar la inteligencia de los dirigentes soviéticos. Si hay en las cosas mundiales algo seguro, sin duda es que los Estados Unidos no iniciarán jamás una guerra, y aunque en cualquier cita que el Destino hiciere para ellos con la guerra, llegarían tarde.

No. Las potencias comunistas no temen las guerras que les pueden venir de las potencias liberales; sino las que pudieran surgir del mundo subyugado por el comunismo. Este es uno de los hechos-claves de la situación actual. En Europa el te-

mor a un alzamiento general de los pueblos esclavizados desde la frontera soviética hasta la Cortina de Hierro, quizá propagada también hasta el interior de Rusia, es factor determinante de la política soviética. En Asia, casi todo el esfuerzo de la potencia china se ejerce en mantener subyugado a su propio pueblo; y cuando tiene lugar una acción exterior, como en Tibet, se lleva a cabo con la brutalidad más desalmada por temor a una rebelión del pueblo.

Esto es precisamente lo que aconteció en Tibet. Una rebelión del pueblo. Claro es que eran todos "bandidos", y sus dirigentes una "Camarilla". Dejemos eso. Queda que los comunistas como "libertadores del pueblo", dondequiera que van, se encuentran con que el pueblo prefiere morir a que los "liberten" ellos. El terror de las invasiones comunistas se debe precisamente al miedo que los invasores tienen a la ira de los pueblos invadidos.

* * *

Veamos ahora la segunda respuesta a nuestra pregunta. ¿Por qué han de empeñarse los comunistas en destrozar la cultura y civilización tibetanas por el mero hecho de diferir de la suya? Nuestra contestación primera fue: el empuje comunista hacia la dominación universal. La segunda será: el concepto materialista de la vida que es elemento esencial del comunismo. Este materialismo es en sí y en sus consecuencias una actitud de espíritu reaccionaria y retrógrada. Conviene dejar este punto bien sentado, porque el comunismo ha logrado demasiado bien identificarse con la paz y con el progreso, siendo así que apenas si se podría hallar en la historia un partido que en sus pensamientos como en sus actos haya demostrado ser más enemigo de la paz y del progreso que el partido comunista.

En cuanto a la paz, no hay vocablo más traído y llevado en la jerga comunista; pero lo que es la cosa en sí ni germina ni puede germinar en terreno comunista. Es, en efecto, fácil establecer que la paz no es ni siquiera pensable sin la libertad; y bajo el comunismo, la libertad no existe. La esencia misma del régimen comunista es la coacción. Claro está por qué. El comunismo contradice todo instinto humano-social; y por lo tanto sólo puede imponerse por la fuerza. Pero cuando la gente se da cuenta de que no la dejan ir y venir, hablar y hacer lo que le viene en gana, se comprimen en millones de ánimos millones de resortes de energía psíquica que, tarde o temprano, buscarán y hallarán su escape. La vida comunista, por lo tanto, tiene que fluir sobre un polvorín de fuerzas humanas explosivas. Las ideas "comunismo" y "paz" son pues incompatibles, y toda sociedad comunista vive en perenne guerra civil, usualmente fría, de cuando en vez, caliente.

Este estado de guerra permanente, oculto bajo balidos de "paz" explica en parte la agresión a Tibet. El mundo comunista está en guerra consigo mismo y con el resto del mundo también. Poco importa que una nación extranjera adopte la postura hostil, neutral o amistosa: en cualquier caso, guerra ha de ser. Y aún cabe pensar que la postura más favorable sea la hostil. El Vietnam Meridional y la Corea

Meridional son dos naciones ambas hostiles, y están en paz con China; Tibet es neutral, y lo ha descuartizado China; la India es o era amiga, y la ha invadido. ¿Por qué? ¿Qué error cometieron? En el caso de Tibet no hubo error. Su pequeñez y su cercanía bastaron para provocar la agresión china. Pero en el caso de la India hubo un error doble: no darse cuenta de la incompatibilidad entre el comunismo y la paz; y no considerar que por estar dividida China entre el partido comunista dominante y el pueblo dominado, no era posible congraciarse al partido sin perder la amistad del pueblo.

Por ahora estamos dilucidando la oposición natural entre paz y comunismo. Por ser esta oposición irreductible, pierde el tiempo quien se esfuerce en congraciarse con la China comunista. Claro es que el gobierno comunista chino acepta gustoso toda medida "conciliatoria" con lo cual va ganando siempre terreno mientras llega el momento del ataque.

Esta política era tanto menos prudente para la India porque las medidas "conciliatorias" vinieron a significar hacer la vista gorda para con las intrusiones chinas en el territorio y soberanía de Tibet. Lejos de inspirarle moderación, esta actitud de la India, no hizo más que incitar a China a mayores fechorías. Ya tragado Tibet, era forzoso que le llegase la vez con la India misma; eso si el ataque al Tibet no tuvo precisamente por objeto preparar el ataque a la India. En tales circunstancias, parece que pudo haber sido preferible para la India plantarse en lo de Tibet sin esperar a que le llegase a ella su turno.

*

* *

Hasta aquí, la paz. En cuanto al progreso, la confusión es todavía mayor. Impera por doquier una idea ingenua: que cuanto más a la izquierda, más progreso. Cuenta André Siegfried una anécdota divertida sobre esta curiosa superstición política. Cenando una noche en una quinta de placer, casi lujosa, que un diputado francés socialista de muchos años poseía en la Riviera, ya a la hora del café y puro, en la terraza sobre el mar, le preguntó: "¿Y usted por qué ha dejado el socialismo al cabo de tantos años para ingresar en el partido comunista?" A lo que el comunista contestó con palabras formadas de humo de habano: "Qué quiere usted... ¡Hay que adelantar con el progreso!" Aquel buen hombre no tenía nada de excepcional. Son legión los que han identificado el progreso, idea que sugiere andar adelante, con la marcha a la izquierda. Parece que así se imprime a la humanidad cierto movimiento a lo cangrejo.

Es indispensable un concepto más real y objetivo del progreso si queremos que la vida política tenga sentido. Este concepto tiene que ser universal. Sólo podrá descansar sobre una base o religiosa o científica. Puesto que las religiones formales que conviven en la humanidad no parecen lograr una base común, parece preferible buscar en la ciencia el fundamento de nuestra idea objetiva y real del progreso.

Se da precisamente en la ciencia un concepto que corresponde muy estrechamente al concepto político de progreso. Se trata del de evolución. ¿Qué es la evolución si no el progreso de la vida en el curso de los siglos? De modo que cabe pensar que se habrá establecido sobre sólidas bases nuestra idea de progreso político si conseguimos armonizarla con la idea científica de evolución.

Pero resulta que la ciencia distingue dos tipos distintos de evolución que no sólo difieren sino que siguen leyes diametarlmente contrarias. La evolución física va de lo complejo a lo simple, de lo desigual a lo igual, de la cualidad a la cantidad, y de lo singular a lo común y corriente. Con el tiempo, las colinas se usan y corroen bajo la acción del viento y del agua, del sol y del hielo; y las temperaturas tienden a igualarse y los movimientos a cesar. En su conjunto, la tendencia lleva a la uniformidad y la inmovilidad de un desierto de arena. Pero al surgir la vida, el sentido (o progreso) de la evolución toma el rumbo contrario. Las más sencillas unidades de vida, apenas más complejas que una célula, son mucho más complejas que el cristal más complicado. Tan diferentes son ya del cristal que la diferencia es más de índole que de grado. De estas primeras amibas hasta el homo sapiens, el "progreso" de la vida constituye una subida constante hacia más complejidad y menos probabilidad, un desarrollo continuo de lo cuantitativo a lo cualitativo.

Ahora resulta evidente que el partido comunista ha escogido una idea errónea del progreso; y por qué. La ha escogido errónea puesto que la ha tomado de la evolución física o mineral de la vida. Así pues, el ideal comunista, hacia el cual y por el cual lucha, vendría a ser una enorme cantidad de seres humanos todos iguales, todos indiferenciados. La Unión Soviética Universal sería un Sahara de granos de arena humanos cubriendo toda la tierra. Y el por qué de este error del comunismo, helo aquí: su concepto materialista de la vida, porque este materialismo tenía que llevar a los comunistas a comprender el progreso de la vida como el que se observa en el mundo físico, es decir hacia la uniformidad de la llanura perfecta.

Estas observaciones permiten también explicar por qué son los comunistas incapaces de emprender y valorar la libertad. El hombre es cuerpo y espíritu, pero puesto que su cuerpo es animal, sólo como espíritu es hombre. El que no ve al hombre como espíritu se priva de base para su idea de la libertad; porque si ve sólo cuerpo y el cuerpo es material, el cuerpo no tiene libertad ni la necesita. Así, el comunismo en virtud de la base materialista en que se funda, se revela incapaz para comprender la paz, el progreso y la libertad.

*
* *

Todo esto viene a aportar perspectivas nuevas al ataque chino contra Tibet y también contra India; porque estos dos pueblos se distinguen por su honda comprensión del espíritu, tanto que cabe considerarlos entre los más dotados de la tierra en este particular. Tibet y la India, por la misma fuerza de su tradición espi-

tual, gozan de cierta inmunidad para con el materialismo y los errores que de él se derivan. La idea del progreso vital elevándose de la cantidad a la calidad, de la sencillez a la complejidad, es natural en ellos; no necesitan ir a buscarla a la ciencia. La agresión china contra ellos forma pues parte del empuje del materialismo comunista que aspira a aplastar todas las singularidades y diferencias a fin de lograr el Sahara Prometido; y no sólo porque Tibet y la India sean diferentes de ellos, sino porque son dos manantiales de vida espiritual.

SALVADOR DE MADARIAGA